

Para el estudio del ceremonial del hipódromo en el siglo x, Vespignani se sirve sobre todo del *De caerimoniis aulae Byzantinae* de Constantino VII Porfirogénito (913-959). Éste es el momento en el cual el hipódromo desarrolla de manera más completa el papel de escenario de representación de la divinidad del poder imperial. El *De caerimoniis* nos ofrece un significado preciso para el ceremonial de las carreras del hipódromo: el basileo es el responsable de vigilar el orden y la reproducción del movimiento que el Demiurgo ha impreso en la totalidad del cosmos. Por otro lado, como en épocas precedentes, aunque cada vez más acentuado, la victoria de un auriga deviene en metáfora de la victoria del soberano, y como tal viene celebrada en las invocaciones ritmadas de las facciones y de los espectadores, que alternan los nombres de los aurigas y de los soberanos al igual que los triunfos de unos y otros, ambos dados por Dios. Estos cánticos ritmados se realizaban seguramente con el acompañamiento de dos órganos situados probablemente bajo la *kathisma*. Vespignani pone de relieve la gran importancia que la música tenía en el ceremonial del hipódromo: constituía un buen auspicio para asegurarse la victoria sobre los enemigos y para asegurar el buen orden de la *basileia*.

El autor finaliza su estudio analizando los testimonios que nos relatan la decadencia de los *ludi circenses* hasta su desaparición en el siglo xii y la posterior ruina del hipódromo de Constantinopla.

El libro consta de abundantes notas en las que se recogen las fuentes y la bibliografía. También se incluye a modo de apéndice una bibliografía crítica, que cubre los años 1983-2008, y en la que las obras se agrupan por temas. Se echa en falta un listado bibliográfico en orden alfabético de las obras citadas en las notas, aunque el autor justifica dicha ausencia afirmando que su inclusión hubiera resultado una reiteración, ya que el libro contiene un índice de autores modernos.

Asimismo resultan de un gran interés las veinticuatro láminas que recogen cuarenta y cinco ilustraciones, contenidas al final del libro, entre las que se cuentan diversos planos del hipódromo, mosaicos y relieves circenses, así como medallones y dípticos que ayudan a comprender mejor un tema de estudio, sobre todo el simbolismo, en el que la imagen posee una gran importancia.

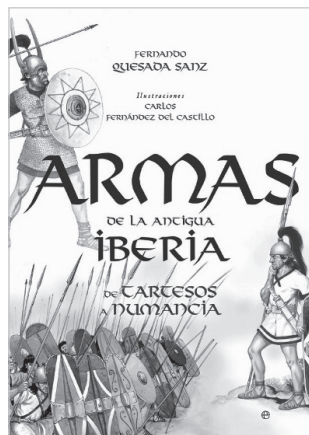
El volumen se cierra con útiles índices de: a) autores modernos; b) lugares, edificios y monumentos; c) prosopográfico; d) fuentes literarias, epigráficas y jurídicas, y e) manuscritos.

Nos hallamos, en resumen, ante un libro bien escrito, ameno a la par que interesante, de una gran fuerza evocadora, que hace gala de una gran erudición —como se observa en las numerosísimas fuentes y bibliografía citadas en las notas— y que ha de ser referencia obligada no sólo en los futuros estudios sobre Bizancio sino en cualquier trabajo sobre el fenómeno lúdico en el mundo antiguo y medieval.

Juan Antonio Jiménez Sánchez  
Universitat de Barcelona  
jjimenez@ub.edu

Fernando Quesada Sanz, *Armas de la antigua Iberia. De Tartesos a Numancia*, con ilustraciones de Carlos Fernández del Castillo. La Esfera de los Libros, Madrid 2010. 298 páginas.

ISBN: 978-84-9734-950-5.



Fernando Quesada Sanz, como sabrán la práctica totalidad de quienes lean estas páginas, es nuestro más reconocido especialista en armamento antiguo, lo que nos ahorra reseñar su fructífera trayectoria investigadora (profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, director de la revista *Gladius* y de proyectos de I+D, así como del grupo

*Polemos*, etc.), vinculada a yacimientos de prestigio como Cabecico del Tesoro o Cigarralejo y concretada en numerosas monografías y artículos dedicados al estudio de la panoplia ibérica y celtibérica, las fortificaciones y las formas de la guerra o la importancia del caballo en la civilización ibérica; extensa obra de la que, hasta la fecha, los dos últimos títulos eran *Última Ratio Regis* (2009) y *Armas de Grecia y Roma* (2008); el primero fue reseñado en el número anterior de esta revista y el segundo, también publicado por La Esfera de los Libros, comparte filosofía y formato con el actual. Una trayectoria, decimos, tan sensible al mundo académico como al público en general, atención de la que son prueba los excelentes artículos divulgativos recogidos en *La Aventura de la Historia*. En esta serie, en el último de los libros citados y en el que ahora reseñamos, Quesada cuenta con la colaboración de Carlos Fernández del Castillo, excelente dibujante procedente del mundo de la ilustración y del cómic, con gran capacidad para asimilar la información arqueológica e iconográfica, fuerza didáctica y un estilo personal que impregna de un punto de realismo y dramatismo sus imágenes. *Armas de la antigua Iberia*, difícilmente podía ser de otra manera, se presenta en un formato generoso e impecable, tapas duras, papel satinado e ilustración a todo color que incluye mapas, tablas, cuadros y dibujos y fotografías de escenas de recreación histórica, materiales arqueológicos, réplicas de armas, etc.

Como advierte el autor, la historia militar ha recuperado en los últimos tiempos su respetabilidad académica y ejércitos, armas, formas de la guerra son percibidas y estudiadas como fuentes de conocimiento, tras décadas de mala prensa provocada por los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Es una verdad a medias. Los escenarios del sangriento enfrentamiento bélico, a la vez que recuerdo doloroso, se convierten en museos de la memoria histórica y espectáculo para un público ávido que también consume publicaciones, films, coleccionismo, etc. En general, las revistas y películas de temática histórico-militar gozan del favor popular; lo que produce una no deseable deriva hacia las grandes batallas,

los mejores generales, las armas más mortíferas y otros mitos. En el contexto español, el peso de la dictadura franquista ha dificultado la normalización del estudio y la conservación del patrimonio militar al implicar a la historia militar en un falso dilema, militarismo o educación en valores democráticos y pacifismo, como si no fuese una cuestión de contenidos y gestión patrimonial. La historia reciente del Museo Militar del Castillo de Montjuïc o algunos de los argumentos esgrimidos desde el ayuntamiento de Barcelona hace años para justificar que el colector del Bogatell atravesara los espectaculares restos de la ciudadela borbónica, demuestran que existen personas que prefieren borrar la historia a tener que explicarla. En cualquier caso, este no es el tema que ahora nos interesa y lo cierto es que la bibliografía científica sobre los ejércitos, las armas, las fortificaciones y la guerra antigua se ha incrementado notablemente las últimas décadas, apareciendo nuevos ámbitos de estudio como la arqueología de los campos de batalla (Alarcos, Talamanca, Baécula...). Nadie discutirá hoy que para entender una sociedad mediterránea antigua hay que saber como pensaba y llevaba a cabo la guerra: qué recursos movilizaba, cómo afectaba a los diferentes sectores sociales, aspectos tecnológicos, ideológicos, “y mil cosas más”. Si además tenemos en cuenta que armas, fortificaciones, iconografía y relatos bélicos relacionados con la guerra ocupan un lugar preferente en la documentación arqueológica y en las fuentes clásicas, se entenderá fácilmente su potencial explicativo.

El libro se centra en el estudio de las tácticas y las armas entre los pueblos prerromanos peninsulares, básicamente iberos y celtíberos, sobre todo en el aspecto funcional, pero también tecnológico, iconográfico o simbólico, y se define como una obra personal, en el doble sentido de ser el resultado de un cuarto de siglo de investigación propia y de presentar conclusiones y opiniones en lugar de una síntesis con pretensiones de consenso. Una extensa bibliografía ha de orientar al lector interesado en saber más sobre tal o cual tema. El primer apartado recoge obras de síntesis, incluyendo algunos catálogos de exposiciones; el segundo obras especializadas, destacando las de interés más general; el tercero yacimientos con presencia notable de armamento; y en la presentación, se mencionan las revistas sobre armamento e historia militar, las ediciones de fuentes clásicas disponibles, así como los repertorios y buscadores en Internet.

En la primera parte, “En el tiempo y en el espacio”, se introduce al lector en la mentalidad y la ética guerrera (capítulo 1); se presenta la historia de la investigación y se cuestionan los mitos que han lastrado durante décadas, perviviendo hasta nuestros días, la concepción de la guerra ibera, caso de la “guerra de guerrillas”, desde los tiempos en que A. Schulten publicase Numancia (1915) (capítulo 2); se resumen aspectos del armamento y la guerra durante el periodo llamado “orientalizante”, “Hierro 1” o “Tartésico” en las diferentes zonas geográficas entre los siglos VIII y VI a.C. (capítulo 3); y analizan las similitudes y diferencias entre la panoplia ibérica y la celtibérica, así como su evolución en el tiempo (capítulo 4).

La segunda parte se dedica a “Las armas ofensivas y defensivas” y constituye la parte nuclear y más extensa del trabajo, capítulos 5 a 17, en los que se estudian las diferentes armas, falcata, *gladius hispaniense*, espadas y puñales, lanzas, *pila*, *soliferrea*, hondas, escudos, discos-coraza, cascos y grebas, y se dedica el capítulo 13 a la metalurgia, al hierro y el acero.

La tercera parte, “Guerreros, batalla y sociedad”, tiene un contenido más heterogéneo y se analizan armas y guerreros en diferentes circunstancias, los mercenarios, Indíbil y Mandonio y las tácticas de combate de los iberos, Numancia, guerreros celtíberos y galaicos, para acabar con los capítulos 23 y 24 dedicados respectivamente a “Las armas en su contexto” y “La concepción de la guerra entre iberos y celtíberos”.

En la presentación, al referirse a la estructura y contenido del libro, Fernando Quesada parece querer salir al quite de posibles críticas al subrayar que no pretende realizar una historia militar de iberos y celtíberos, un análisis de las fases de la conquista romana o estudiar las zonas septentrionales o más occidentales de la península, que no es su intención afrontar el estudio de las fortificaciones porque el tema, “muy polémico, exigiría un volumen propio” o los arreos de caballo porque ya “fueron parcialmente cubiertos” —en realidad, tres capítulos dedicados respectivamente al bocado, la silla de montar y el estribo— en *Armas de Grecia y Roma*. Otra cosa es que el lector quede convencido y que el libro salga beneficiado con estas decisiones, al igual que con otras, como la de obviar el arco o la poliorcética y la maquinaria de guerra, que sorprenderán ciertamente a quienes no conozcan las posiciones mantenidas por el autor en relación con su conocimiento y manejo por los iberos.

Como señala el autor, el libro puede leerse de principio a fin, consultando en profundidad temas concretos o efectuando una aproximación ligera, ociosa, que la ilustración y los pies de figura hacen igualmente posible. El comentario no debe inducir a error: el libro interesará a los especialistas. Por un lado, hace tiempo que sabemos que “dibujar” exige comprender el funcionamiento, pongamos por caso, el manejo y el transporte de una espada o escudo; por otro, Fernando Quesada maneja información sobre 6.376 armas prerromanas de 505 yacimientos y las armas son analizadas en profundidad, sobre todo, en el aspecto funcional, y también tecnológico, aunque sin olvidar otros como el simbólico, iconográfico, etc. Ocurrirá, sin duda, que quienes hayan seguido con puntual atención su prolífica obra, reconocerán aportaciones —incluso textos— y posiciones más o menos polémicas mantenidas desde hace años y en repetidas ocasiones, pero, aún en estos casos, les resultará interesante advertir los cambios o matices introducidos en su discurso sobre la concepción de la guerra y los modelos de sociedad que existen detrás; la complejidad de los ejércitos iberos y celtíberos desde el siglo IV a.C., compuestos por centenares, acaso miles, de combatientes en formación estructurada y con apoyo de tropas ligeras —que incluso podían haber utilizado el arco— y unidades de caballería, pese a tener un papel secundario; capaces de efec-

tuar asedios y asaltos de lugares fortificados como La Bastida (Moixent), porque todo eso, también se dice... Y ocurrirá, seguro, que aquellos lectores más preocupados por temas relacionados con la iconografía (escultura, cerámica, toréutica, numismática) o cuestiones rituales, y no digamos si alguno consulta la obra, por ejemplo, para saber sobre los guerreros galaicos, se sientan decepcionados. No se trata de una crítica sino, más bien, del reconocimiento de que difícilmente una obra de estas características podía tratar con la misma intensidad tantas y tan diversas cuestiones.

Éste último comentario puede extenderse a las ausencias que ya hemos destacado. Pero, pese a que el autor da lo que promete, no es menos cierto que ponen de alguna manera en peligro la visión diacrónica y global de las sociedades prerromanas peninsulares que se quiere ofrecer. Como lo nuestro es reseñar el libro y de alguna manera la obra del autor más significado en la materia, intentaremos referirnos con brevedad a lo que hemos denominado “ausencias” —temas que no han merecido un tratamiento específico, un capítulo propio— y que tienen que ver con las posiciones que el autor mantiene sobre ellas y quizás también con un cierto cansancio a la hora de volver sobre temas que ha tratado en repetidas ocasiones. Está visto que estas polémicas le seguirán acompañando, aún cuando no las plantee como tales, porque sus propuestas, pese a los matices, siguen siendo contundentes. Estamos hablando de la existencia o no, y en su caso, desde cuando, de caballería, del uso o no del arco, de si hubo o no una poliorcética ibérica y fortificación compleja y de si existió o no una guerra de asedio.

En todo el libro aparecen alrededor de una decena de referencias a la caballería (páginas 51, 54, 58, 107-108, 177, 190-195, 206-207, 224-225, 256 y 263). En general, son de escaso desarrollo y vienen motivadas por la explicación del uso de determinadas armas (por ejemplo, lanza y *pilum* o la negación de la caballería pesada aparentemente representada en algunos vasos cerámicos) o la descripción de un episodio concreto (los levantamientos de Indíbil y Mandonio de 206 y 205 a.C.); otras, aunque también bastante breves, aparecen a la hora de caracterizar la guerra ibérica o celtibérica o las diferentes formas del combate entre los siglos v y ii a.C. y tienen, lógicamente, mayor calado. Todas remachan el pensamiento del autor: hablar de caballería exige hacerlo de un número mínimo —centenares o miles— de jinetes, ya no sólo de algunos caballeros, y de unidades con una función táctica específica; en los tiempos antiguos, los de la panoplia heroica y el grupo escultórico de Porcuna, el aristócrata dispone de un altivo medio para desplazarse al campo de batalla, pero no combate desde el caballo; los iberos no contaron con verdadera caballería hasta fines del siglo iii a.C., no así los celtíberos, que habrían dispuesto de ella un siglo antes, desde mediados del iv a.C.; durante la Segunda Guerra Púnica, los ejércitos ibéricos tienen una gran capacidad de reclutamiento, luchan organizados por pueblos y clanes dirigidos por sus propios líderes y con armas y estandartes identitarios, forman en línea, con infantería ligera y

unidades de caballería con funciones táctica asignadas y disponen de campamentos fortificados; la forma de luchar de estos jinetes consistiría en cargar lanzando sus jabalinas para, a continuación, replegarse y repetir o desmontar y combatir a pié; en el siglo ii a.C., durante las guerras celtibéricas —está hablando de los 5.000 jinetes de Caro de Segeda y la batalla de la Vulcanalia el 153 a.C.— el caballo mantiene incólume su prestigio y la aristocracia lo preserva como icono, pero ya existe una clase acomodada libre capaz de costearse la montura y marchar a la guerra. La aceptación literal de estas afirmaciones nos crearía algunos problemas, pero el propio autor deja las puertas abiertas al reconocer la posible existencia de ejércitos estructurados en el siglo iv a.C. y conceder “un papel limitado” a las tropas ligeras y la caballería; de hecho, son evidentes los numerosos arreos aparecidos en necrópolis y en *oppida* cuando se dan las circunstancias favorables, caso de La Bastida de les Alcuses (Moixent), y en la misma línea pueden interpretarse los cincuenta jinetes “celtas e iberos” que Dionisio I envió a sus aliados espartanos el 369 a.C. según el relato de Jenofonte. Por nuestra parte añadimos que no deja de llamarnos la atención la ausencia de arreos de caballo en las tumbas de guerreros del horizonte ibérico antiguo al norte del Ebro, sea cual sea su uso, habida cuenta de la presencia de équidos en contextos domésticos (La Ferradura, Ulldecona) y funerarios (Can Roqueta, Sabadell) ligeramente más antiguos. Y habrá que ver desde cuando la caballería es importante entre los ilergetes, a partir de la identificación de rituales asociados a su cría en la fortaleza de Els Vilars (Arbeca, Lleida), al menos desde fines del vii y durante el vi a.C., o los enterramientos aristocráticos con caballo de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer-Térmens, Lleida), cuya cronología se ha rebajado recientemente a fines del siglo v o iv a.C. Tendremos, pues, que esperar para conocer el posible uso militar del caballo entre los iberos entre los siglos vi y iv a.C.

Respecto a la consideración y el uso del arco por parte de los iberos, el autor ha escrito tan interesantes como bellas páginas y no parece un acierto, en una publicación de estas características, haber privado de ellas a un sector amplio del público potencial al que también va dirigida la obra y que muy probablemente no las conoce. Su conocida polémica con Francesc Gracia ha producido educadas chispas. Las referencias a arco y flechas son, en este caso, aún más escasas y apenas superan la media docena (páginas 42, 44 y 46, 47, 119-120, 221, 256), de las cuales, la primera se refiere a las estelas del SO, la segunda y la tercera se refieren a las flechas de anzuelo de filiación fenicia, la sexta se limita a llamar la atención sobre la ausencia de glandes y flechas en las necrópolis celtibéricas y la séptima contiene una breve referencia a los valores aristocráticos y el rechazo del arco. La posición del autor sobre la cuestión se condensa en la quinta y está situada en el inicio del capítulo dedicado a los honderos baleáricos. Resumiendo, Quesada piensa que el arco se utilizó en toda la Edad del Hierro, pero que entre los iberos fue considerada un arma afeeminada y cobarde, por matar a distancia y poner al héroe al alcance de un pelagatos anónimo y por



resultar tan mortífera como barata; por ello fue poco empleada y nunca representada en la iconografía ibérica. Así las cosas, no la incluye en la panoplia “formativa”, ni en la “aristocrática”, es decir entre el armamento ibérico propio de fines del VII a la primera mitad del V a.C. No sería el caso de las áreas bajo influencia fenicia y púnica, donde durante el Hierro I/Orientalizante aparecen la flechas de anzuelo y posteriormente, durante la Segunda Edad del Hierro, las puntas de bronce con enmangue de cubo. Y tampoco el del nordeste, al norte del Ebro, donde entre 625 y 500 a.C., las puntas de flecha de aletas y pedúnculo en la tradición del Bronce Final no son extrañas en contextos funerarios (Molar, sector Teuler de Coll del Moro, les Escorres de Llardecans, Roques de Sant Formatge, Agullana, Can Piteu-Can Roqueta...) y continúan apareciendo en algunas tumbas de guerreros del horizonte ibérico antiguo, caso de Milmanda (Vimbodí) y Granja Soley (Santa Perpetua de Moguda) —4 ejemplares en una única tumba— o en las fortalezas de Els Vilars (Arbeca) y la recientemente identificada bajo el Castell de l’Albi. Pese a todo lo dicho anteriormente y a la justificación de su presencia como evidencia de la actividad venatoria propia de la elite aristocrática, también aquí hay una puerta abierta —cuarta referencia—, al admitir que, a partir del siglo V a.C., “las flechas parecen haber sido empleadas sólo para la caza o, en todo caso, por tropas ligeras que no han dejado restos en las tumbas, iconografía o en las fuentes literarias”.

Pese al argumento esgrimido en la introducción, difícilmente podía ofrecerse una panorámica sobre las armas, y también sobre la guerra y la sociedad prerromana peninsular, sin referirse a la poliorcética y las fortificaciones. La posición del autor se resume en el capítulo 24, “La concepción de la guerra entre iberos y celtíberos”, más concretamente entre las páginas 265 y 268, en los términos siguientes. Las fortificaciones no están concebidas contra asedios o asaltos formales, con obras y maquinaria, “sino como defensa ante depredadores bípedos o cuadrúpedos, disuasión ante asaltos por sorpresa, defensa contra asaltos masivos sin maquinaria; y también como delimitación del terreno del *oppidum* y como expresión del poder de sus dirigentes”. “Un sobredimensionamiento de la muralla para defenderse de la mayor amenaza percibida y disuadirla no implica sofisticación ni conocimientos muy elaborados”. La guerra se orienta al saqueo para obtener botín y gloria y no tiene por objetivo la toma de fortificaciones y el exterminio del enemigo; además la poliorcética en el mundo griego se desarrolla a partir de principios del siglo IV a.C. y, por si fuera poco, el papel de los mercenarios —pocos de los cuales regresarían con vida— como “agentes helenizadores” fue nulo o escaso (cf. página 179).

En el fondo, el debate en torno la influencia de la poliorcética griega y la complejidad de las fortificaciones, al igual que sobre el uso del caballo o del arco, es una de las facetas de una polémica más amplia entre quienes sostienen visiones más “primitivizadoras” o “modernizadoras” de la guerra ibérica (perdón por la simplificación). Como advierte Quesada, conocemos mejor la panoplia que las formas de hacer la guerra

y quizás por eso ha modulado mejor la lectura del uso del armamento, aunque no considera que exista contradicción alguna entre su modelo “avanzado” de guerra y su modelo “primitivo” de poliorcética. De esta manera, mantiene el núcleo duro de la argumentación, donde a fin de cuentas ésta encuentra coherencia y lógica. A nuestro entender, para no quedar aprisionados en una visión excesivamente “heroica”, “homérica”, conviene matizar también la visión de las fortificaciones y de la guerra ibérica y aceptar su complejidad, eso sí, sin que ello exija el manejo de conceptos poliorcéticos estrictos, aceptar el uso de maquinaria de sitio y asalto o acudir al efecto retorno de los mercenarios. Para ilustrar lo que pensamos al respecto, podemos referirnos a la repetida afirmación de que no existe guerra de asedio y nos bastará —al menos a nosotros y en este momento— con dos menciones, la primera, al conocido y bien documentado asedio/asalto a La Bastida (Moixent) a fines del siglo IV a.C. y la segunda, la fortaleza de Els Vilars (Arbeca), cuyas defensas, sobredimensionadas pero también sofisticadas, y pozo central hacen pensar que en la misma época sus ocupantes percibían tanto el riesgo de ser asaltados como sitiados o bloqueados y que, a diferencia de sus antepasados, disponían de una fortificación ya adaptada a la defensa activa.

Hemos dejado intencionadamente para el final, por no formar parte propiamente del armamento, la cuestión del calzado. Quesada tan sólo se refiere en una ocasión en todo el texto —y lo hace en el pie de la ilustración de un guerrero hispano de hacia el 218 a.C.— a las botas militares o *caligae* con clavos de hierro en la suela para mejorar el agarre, afirmando que aparecieron ya en el siglo III a.C. (página 172). En las ilustraciones de Carlos Fernández del Castillo, iberos y celtíberos se representan calzados en 15 ocasiones; con los pies protegidos aparecen los galos y es también la opción reflejada en las imágenes seleccionadas en la portada o la elegida por los miembros de los grupos de reconstrucción histórica de Calafell o Tierraquemada aunque, en este caso, las razones son obvias y de otro tipo. Aún más significativas son las dos ilustraciones que tienen como referencia el conjunto del Cerrillo de Porcuna (Jaén), en las que los guerreros, en contra de las esculturas originales, lucen sandalias de cuero (páginas 25 y 257). Con los pies desnudos aparecen un noble guerrero tartésico del siglo VII a.C. (página 40), el aristócrata armado del siglo VI a.C. del Bajo Ebro (página 43) y el hondero baleárico (páginas 120 y 175). Ocurre, sin embargo, que en dos ocasiones unos infantes ibéricos (páginas 26 y 108) son representados con los pies desnudos y que un jinete celtíbero con lanza, jabalina, espada y escudo circular calza botas altas (página 221), mientras que un jinete ibérico con lanza y jabalina, que ilustra el texto de la caballería ilergeta, cabalga descalzo a fines del siglo III a.C. (página 181); y no es éste el caso de Indíbil, tras caer moribundo, al poco de descender del caballo, fijado al suelo por el *pilum* que le atraviesa, que luce sandalias claveteadas, detalle seguramente lógico el 2005 y quizás el menos extraño de su atuendo, un tanto curioso, puesto que viste de “prestado”: cota de malla romana, casco céltico y falcata, leída como regalo o botín (página 192).

Incidimos en estas contradicciones para subrayar un tema abierto, en el que los ilustradores no coinciden entre sí y o se contradicen ellos mismos, atraídos por la iconografía griega o ibérica, en el caso de los guerreros de Porcuna, donde la protección alcanza las espinillas (grebas) y se representan los pies desnudos, o por los vasos pintados de la cerámica de Liria, en los que infantes y jinetes lucen botas altas.

En definitiva, una obra que, al igual que el volumen anterior *Armas de Grecia y Roma* (2008), por su contenido y amenidad, apasionará a todas aquellas personas interesadas en la historia de la península prerromana, una obra que por su calidad formal y riqueza en imágenes puede ser a la vez un buen obsequio para quienes puedan recibirla con espíritu diletante o simplemente curioso y un título de conocimiento y cita obligada para los investigadores del mundo ibérico. A todos les ofrecerá una excelente información de primera mano sobre las armas de iberos y celtíberos y algunos elementos clave para la comprensión de unas sociedades en las que armas y caballos eran símbolo de posición social y la guerra constituía una actividad noble a la que se dedicaba una parte del año y que proporcionaba botín y gloria a unas aristocracias aficionadas a la caza, a grandes banquetes en los que se consumía abundante carne, vino y cerveza y se cantaban hazañas pasadas.

Emili Junyent  
Universitat de Lleida  
ejunyent@historia.udl.cat

De España, Rafael. *La pantalla épica. Los héroes de la Antigüedad vistos por el cine*, T&B Editores. Madrid, 2009. 493 págs. + 32 lám. b/n. ISBN. 978-84-92626-36-6.



Quizás algunos se preguntarán qué hace en una revista “seria” de arqueología e historia antigua el análisis de una historia del cine sobre la Antigüedad, cuando es reconocido que el cine histórico, como todo cine, se basa en los planteamientos vigentes en el entorno y momento en que se crea un film. Para tratar de calmar esa duda existencial, desde

un plano panorámico podríamos traer a colación aquello de *homo sum: humani nihil a me alienum puto*, tomándolo prestado de Terencio (a secas, no de Terenci Moix, que tanto contribuyó a revalorar el género en cuestión), pero desde un plano próximo recordaríamos que en el último siglo ningún medio ha contribuido tanto a la divulgación de la Antigüedad como el cine, aunque haya sido a costa de distorsionar su materia base. La percepción popular que se ha tenido, y aún se tiene, no solo no es la erudita y

académica contenida en los libros de historia, como por otro lado ya cabía sospechar, sino siquiera la procedente de la novela o el teatro históricos, pues el cine ha demostrado sobradamente que una imagen vale más que mil palabras. ¿Acaso no quedó grabado en el subconsciente de una generación que las pirámides egipcias se cerraban mediante ingeniosos y calculados desplazamientos de arena (*Tierra de faraones*, 1955) pese a no ser reales? ¿Quién no se ha conmovido cuando los vencidos, sin renunciar a su dignidad y con el fin de proteger su líder, comienzan a gritar: ¡Yo soy Espartaco! (*Espartaco*, 1960)? Y todo ello a sabiendas que el gladiador tracio parece que sí había muerto en la batalla, que tenía oscuros orígenes de soldado desertor y que la Universal había retirado de circulación por una crecida suma la versión italiana que no mucho antes había filmado Riccardo Freda (*Spartaco*, 1953). Si queremos divulgar debemos saber primero de donde partimos, y no hay duda que más de un adolescente de hoy tiene claro que los espartanos eran unos señores que, provistos de capa y slip (lo de calzoncillos comienza a parecer el latín de Terencio), montaron un videojuego a lo grande en un remoto desfiladero griego (*300*, 2006). Pero, toda esta explicación no era muy necesaria, pues ya son muchos los historiadores antiguos conversos a la tarea de analizar films. La protohistoria de esa actividad se remonta, como mínimo, al momento del descubrimiento de la tumba de Tutankhamon (Corlett 1923). Como demostración que el cine de temática antigua interesa a los historiadores hoy más que nunca, basta señalar la proliferación de obras sobre la Antigüedad filmada en castellano, ya sea en general (Prieto 2004; Lillo Redonet 2010), el Antiguo Egipto (Alonso *et al.* 2010), Roma (Alonso *et al.* 2008) o los primeros cristianos (Cano 2004).

La complicidad entre pantalla y Antigüedad es alargada. En cada momento en que la industria del cine ha necesitado impulsar la taquilla a golpe de novedad, aquélla ha acudido puntualmente en su socorro. Roma acogió leones de verdad (*Quo Vadis?*, 1912) —una leona llegó a comerse un extra, tristemente—; Cartago lanzó el primer *travelling* a escala (*Cabiria*, 1914), Babilonia cargó en sus espaldas con los primeros escenarios colosales (*Intolerancia*, 1916); en el desesperado intento de luchar contra la televisión, ahí estaba de nuevo la ciudad eterna para echar una manita con el CinemaScope (*La túnica sagrada*, 1953), Antioquía fue sede de unos juegos con nueve Oscar (*Ben-Hur*, 1959) y Alejandría —con la colaboración de Tarso y Roma— asumió los fastos de la mayor aventura jamás filmada (*Cleopatra*, 1963). Sí, de acuerdo, los lugares donde se rodaron esas recreaciones no eran auténticos, pero eso también forma parte del imaginario colectivo moderno: aparte del testimonio literario, los únicos pies colosales que hoy se pueden señalar son los que se filmaron en el puerto cántabro de Laredo (*El Coloso de Rodas*, 1961).

Quien quiera saber cómo se ha llevado a la pantalla la Antigüedad lo tendrá ahora más fácil con el presente libro. Su autor, Rafael De España, hace verdad la aseveración que un hombre contiene muchos hombres, pues al margen de su dedicación a la docencia en medicina, es doctor en historia, crítico